

LA LITERATURA CUBANA EN VÍSPERAS DEL INICIO DE LA GESTA DEL 95

Salvador Arias García

El 31 de agosto de 1878, después de efectuado el Pacto del Zanjón, José Martí regresa a Cuba, en los inicios de aquella época entre guerras, calificada por él mismo como “años del reposo turbulento”. Los propósitos en este regreso estaban dirigidos a incrementar, desde dentro, el proceso independentista, aparentemente detenido en su desarrollo. Pero sus actividades fueron muy variadas, y el estudioso Alberto Rocasolano llega a preguntarse, “¿qué papel jugó la intensa actividad literaria desarrollada por él casi desde el momento de su llegada?”¹

En esto Martí cumplía su amplio proyecto, que no se limitaba a conseguir la independencia política de España, sino a crear las bases para una futura nación digna, en lo cual los aspectos culturales y, en especial, los literarios, tenían una importancia cardinal. De ahí su actitud, extendida a muchos otros escritores cubanos, quienes durante aquella “tregua fecunda” utilizaron los medios literarios como armas de combate.

Martí, apenas llegado a Cuba, participa en diversas actividades culturales, entre las que sobresale su vinculación, sobre todo, al Liceo Cultural de Guanabacoa, pero también al Liceo Artístico y Literario de Regla y otros círculos más esporádicos. Allí intervino activamente en debates acerca de “el idealismo y el realismo en el arte”, “el origen del hombre” y otras temáticas aparentemente no políticas. Lo anterior era una tónica habanera de la época, cuando proliferaban las Tertulias Literarias y Sociedades de Recreo. Además de las ya mencionadas pueden citarse La Caridad del Cerro, el Ateneo de La Habana y el Nuevo Liceo. En ellas brillaba la oratoria, detrás de la cual casi siempre había una proposición política. Como es sabido, en esto se destacaron los autonomistas, con Montoro a la cabeza.

Pero también utilizando un pretexto más o menos academicista o de entretenimiento, la línea independentista se manifiesta en discursos como el muy comentado sobre “Madame Roland” ofrecido por Enrique Piñeyro en

1879, a su regreso a Cuba. O los aparentemente dedicados a “El descubrimiento de América” o “El dualismo moral y político” de Manuel Sanguily. Y “Los cubanos en Cuba” y el trascendente “El poeta anónimo de Polonia” de Enrique José Varona. Y por supuesto, los que tempranamente ofreciera Martí durante aquella breve estancia suya habanera, como el dedicado al violinista Díaz Albertini o el pronunciado en un banquete ofrecido a Márquez Sterling.

Entre las múltiples publicaciones españolizantes existentes entonces, algunas otras pudieron, escudándose en las temáticas culturales, proyectar un mensaje político independentista más allá de la censura. *La Habana Elegante* comenzó en 1883 algo frívolamente, pero llegó a constituirse en vehículo importante en la difusión de los modernistas criollos. También en 1883 surge *El Figaro*, primero dedicado al deporte, pero que posteriormente será quizá la revista más popular de la época. De ella debe recordarse su número del 24 de febrero de 1895 dedicado, significativamente, a la mujer cubana.

Con intenciones también comprometidas, circularon la “académica” *Revista Cubana*, dirigida a partir de 1887 por Enrique José Varona, y la polémica *Hojas literarias* de Manuel Sanguily, ambas suspendidas cuando, al comenzar la guerra de 1895, sus directores tuvieron que salir fuera de Cuba. Ligado a Martí debe destacarse la figura de Juan Gualberto Gómez. Deportado junto con éste, en Madrid publica *La cuestión de Cuba* en 1884, con un certero análisis. De regreso al país, en 1890, ejerce el periodismo. Publica en *La Fraternidad* su famoso artículo “Por qué somos separatistas”. Esto le costó cárcel al autor, absuelto después por el Tribunal Supremo de España al considerarlo lícito por proponer la separación sin violencia. Esto, tácticamente, benefició los preparativos de la guerra venidera.

Es difícil no dejar de reconocer a la poesía como el género literario que mayor altura había conseguido en la Cuba colonial. Sin embargo, aparentemente en esta etapa de entre guerras se le ha señalado cierto estancamiento. El ya mencionado estudioso (y poeta) Alberto Rocasolano, llega a exponer que esos son “años de verdadera indigencia poética, que estuvieron caracterizados .salvo muy contadas excepciones- por el ripio, la trivialidad, el énfasis declamatorio”.² Pero no podemos olvidar que este campo, en aquella época, se encuentra dominado por dos grandes figuras, que culminan líneas anteriores de nuestra poesía y se proyectan hacia el futuro: José Martí y Julián del Casal. Como ya hemos dicho en otra ocasión,

aunque tanto en un uno como en otro existió la conciencia del drama que vivía su tierra natal, sus respuestas fueron bien diferentes. Al enfrentamiento activo de Martí, Casal trató de sobrellevarlo buscando refugio en el arte.

Sin embargo, la época fue pródiga en reediciones y estudios dedicados a los grandes poetas cubanos del pasado reciente. Heredia fue el más asediado, lógicamente, pero también estuvieron, entre otros, Milanés y Placido, reivindicado este último por Juan Gualberto Gómez. Sí se nota cierto eclipse de una figura tan elogiada antes como la Avellaneda. Puede decirse que existió una tendencia a establecer altos parámetros literarios nativos mediante la recopilaciones de textos e información. A la sólida antología del *Parnaso cubano*, de Antonio López Prieto, se añadían otras menos rigurosas como *Arpas amigas*. Y una tan expresamente comprometida como *Los poetas de la guerra* del propio Martí. Otros intentos en este campo, con su sólo título, nos presentan las áreas polémicas que escogían, como el *Álbum de escritoras y poetisas cubanas* o el dedicado a los *Poetas de color*.

Con el mismo empeño de pasar revista al pasado cubano, surgen algunos proyectos historiográficos, como los esfuerzos por organizar y valorar nuestro desarrollo literario en obras como el *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, publicado en 1890 por Aurelio Mitjans y la "Reseña histórica del movimiento literario en la Isla de Cuba" por Manuel de la Cruz, en 1891. Y entre 1878 y 1886 Francisco Calcagno publica su amplio *Diccionario biográfico cubano*, obra de consulta que aún resulta útil en nuestros días.

En cuanto a la narrativa el periodo parece favorecerla más que a la poesía, en una maduración de esfuerzos anteriores, que produce un buen número de obras sobre variados aspectos de la realidad cubana. Tiene sus obras claves en *Cecilia Valdés* (1882) de Cirilo Villaverde y *Mi tío el empleado* (1887) de Ramón Meza, ambas elogiadas por José Martí. Demasiado conocidas para detenernos en ellas ahora, desde diversos aspectos marcan un genuino sentido de nacionalidad.

Pero es en un género, muy cercano a la narrativa, donde van a aparecer algunos de los textos más novedosos e impactantes de la etapa. Los diez años de lucha transcurridos entre 1868 y 1879 fueron pródigos en sucesos de variada especie, reflejos vívidos de aquel proceso. Volver a ellos era como repasar los triunfos y los errores de una lucha que tenía que reiniciarse. Así,

todavía en plena contienda, comenzaron a aparecer “testimonios” de lo ocurrido. La deportación de los cubanos a la isla africana de Fernando Poo fueron los primeros en aparecer, impresos fuera del país, desde 1869. En 1892 aparecieron otros dos, de igual temática, publicados en Cuba. Aunque estos textos no tenían un combativo tono de denuncia, en la práctica lo fueron por las mismas experiencias contadas.

Ya bien intencionado en su denuncia, Enrique Piñeyro publica en 1871, desde Nueva York, su texto *Morales Lemus la revolución cubana*, más hincado en la gestión diplomática que en la bélica, pero que para la estudiosa de la etapa Diana Iznaga³ “dejaba atrás la historia concebida como sucesión de hechos acaecidos cronológicamente” para ofrecer “el cuadro de una época” interpretativamente. También en Nueva York publica Antonio Zambrana su folleto *La República de Cuba*, que servía como vehículo para captar el interés de las demás naciones americanas. En España primero y Cuba en 1873, Fermín Valdés Domínguez publica su *27 de noviembre de 1871*, una fuerte denuncia del fusilamiento de los estudiantes de medicina en esa fecha.

Apenas terminada la guerra el examen de sus triunfos y fracasos no se hizo esperar. Bajo el mismo título, *Convenio del Zanjón*, dos personalidades ligados a este como Máximo Gómez y Ramón Roa, publicaron en Jamaica y Nueva York, respectivamente, folletos con análisis amargos y diferentes. Estos textos iniciaron la propia literatura impresa sobre el fin de la Guerra de los Diez Años. Otros textos al respecto, de Fernando Figueredo, sólo pudieron ver la luz como libro en 1902. Presentar las dramáticas situaciones ocurridas durante la contienda fue el objetivo de Ramón Roa al contar su experiencia personal en *A pie y descalzó*, de 1890, que propició enconada polémica, al considerarlo José Martí una publicación contraproducente en aquellos momentos. Pero ese mismo año Manuel de la Cruz publicó sus *Episodios de la revolución cubana*, excelente prosa dedicada a mostrar las luchas independentistas en todos sus esplendores y heroicidades, cosa que le conquistó una felicitación del propio Martí.

El reducido espacio del que disponemos no nos permite extendernos algo más en este significativo género, reconocido y llamado “Testimonio” ya desde la segunda mitad del siglo pasado. Pero sí no podemos olvidar los textos de Máximo Gómez “El viejo Edúa” (1892) y “El héroe de Palo Seco” (1894), dedicados al reconocimiento de héroes anónimos o acciones poco conocidas con indudable acierto. En 1893 aparecía un dramático folleto, *El 6 de enero*

de 1871, en donde Melchor Loret de Mola contaba como fueron vilmente asesinados mujeres y niños de su familia por las tropas españolas, pudiendo él escapar para contarnos, después de pasados los años, su impactante “testimonio”.

Este escueto panorama que he presentado hoy no ha perseguido hacer un recuento completo de esta etapa, por supuesto, sino llamar la atención acerca de como la literatura fue un arma eficaz en la preparación de la contienda del 95, un aspecto en el que estoy seguro queda mucho por investigar y decir.

Notas⁴

11 Alberto Rocasolano: *En años del reposo turbulento*. La Habana, Ediciones Unión, 1984, p 6.

2 Ob. cit. P 7.

3 Diana Iznaga: “El testimonio”, en *Historia de la literatura cubana. Tomo I. La colonia: desde los orígenes hasta 1898*. La Habana, Editorial Letras Cubana, 2002, p 412.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Instituto de Literatura y Lingüística: *Historia de la literatura cubana. Tomo I. La Colonia: desde los orígenes hasta 1898*. Director del tomo: Dr. Salvador Arias. La Habana, Editorial Letras Cubana, 2002, 601 pp